



II Congreso Virtual sobre Historia de las Mujeres, 15 al 31-octubre-2010

**II CONGRESO VIRTUAL SOBRE
HISTORIA DE LAS MUJERES.
(DEL 15 AL 31 DE OCTUBRE DEL 2010)**



**LA VISIÓN FEMENINA DE LA HISTORIA: LA OBRA DE LAURE PERMON Y
EL INESPERADO OFICIO DE ESCRIBIR PARA SOBREVIVIR.**

José Antonio Feliz Barrio.

ja_feliz@yahoo.es

LA VISION FEMENINA DE LA HISTORIA: LA OBRA DE LAURE PERMON Y EL INESPERADO OFICIO DE ESCRIBIR PARA SOBREVIVIR.

José Antonio Feliz Barrio

ja_feliz@yahoo.es

La historiografía tradicional ha tenido bastante poco en cuenta la aportación femenina al conocimiento de la historia tal y como se conocer a través de los manuales al uso. La fijación institucional de la historia oficial de un país o área geográfica se ha basado prioritariamente en material y documentación procedente de manos masculinas cuya manifestación más relevante y conocida es la figura del cronista quien, fingiendo despojarse de toda pretendida parcialidad, sirve a los intereses de su benefactor. Habría de llegar el siglo XIX y principalmente el XX para que, a raíz del movimiento feminista, se pusiera de relieve no solo algo tan obvio como que las mujeres también escriben (con igualdad de profusión en los mismos ámbitos que el sexo opuesto) sino que se tomara en serio toda su aportación al vasto campo de la escritura y, en consecuencia, su inclusión en la propia historiografía y recensiones bibliográficas. Fue, y debe seguir siendo de gran ayuda, la realización de estudios que den cuenta, con rigor, de la presencia femenina en cada uno de las disciplinas del conocimiento. Sin embargo, la mayor parte de esos estudios, cuando hablamos del arte de escribir, se han producido en el campo de los géneros literarios tradicionales siendo menos frecuentes aquellos centrados en textos de carácter científico o relacionados con las denominadas ciencias sociales.

Pasando a un entorno más específico son relativamente recientes las investigaciones cuyo objeto consista en analizar a la mujer que escribe sobre Historia, tanto si lo hace basándose en su propia experiencia personal, como si, al modo de un investigador, lo hace utilizando documentación previa.

La secular relegación de la mujer al ámbito de la esfera privada limitó severamente sus posibilidades de ejercer oficios que, en el área del relato histórico, le permitiese escribir por encargo, de tal modo que la mayoría de la

documentación existente cae dentro de esa denominación actual del egodocumento que abarca categoría como diarios, memorias, livres de raison, libros de viajes...En el espacio geográfico europeo, la mayor tradición de escritura femenina sobre acontecimientos históricos ha tenido lugar en Gran Bretaña y Francia, en un entorno de individuos que responden a un perfil específico: normalmente miembros de la nobleza, cultivadas, con acceso a la lectura, bien relacionadas, respetadas en sociedad y testigos de los eventos importantes de la época que le toca vivir. Su afortunado distanciamiento del inevitable analfabetismo al que estaban condenadas la mayoría de las mujeres (y hombres), las convierte en personas excepcionales. Si a la posibilidad de leer, se unía la de ser interlocutor válido en cualquier tipo de foro y además ser agraciadas con el don de escribir, midiéndose con sus congéneres masculinos, su autoridad moral e intelectual quedaba fuera de toda discusión. Gozar de una situación privilegiada y contar con una solvencia económica reforzaba su papel de referente social.

Este es el caso de Laure Permon, posteriormente Laure Junot, más conocida por su título de duquesa de Abrantes. Fue una de las más prolíficas escritoras de la historia de Francia de fines del siglo XVIII y primer tercio del XIX y testigo inigualable de los acontecimientos que narra.

En Francia existe entre las mujeres un interés por hablar y escribir sobre historia que se remonta a la propia Edad Media y que se manifiesta en la producción de libros de memorias, diarios, novela histórica, biografías de personales ilustres o inserción, a modo de cuña, de datos históricos en textos de otra naturaleza. Tanto en la vida civil como eclesiástica quedan numerosas pruebas de los textos procedentes de manos femeninas. La propia historia del país, su evolución y el atractivo que supuso para otras muchas naciones ofrecen material suficiente para ser objeto de escritura. El ciclo de las guerras de religión, inmerso en la férula del Antiguo Régimen, la caída de éste y la monarquía, la Revolución y las nuevas ideas políticas, el sueño imperialista de Napoleón y la propia restauración monárquica son acontecimientos que producen cambios sociales y culturales relevantes y no pasaron inadvertidos a

cuantos individuos quisieron dejar prueba escrita del periodo histórico que les había tocado atravesar.

Sin duda, un foro interdisciplinar en el que la mujer tendría un papel protagonista serán los famosos salones literarios, salons o drawing-rooms y su modelo se exportará a otros países europeos llegando incluso a los futuros que se formarán en el proceso de independencia americana.

Laure Permon, tal y como expresa en sus propias memorias, nació a finales de 1784 en Montpellier. Su familia se había establecido temporalmente en Languedoc para facilitar a su padre el desempeño de sus obligaciones de un cargo público que había obtenido a su regreso de América. Procedía de una familia corsa y afirmaba que sus antecesores se remontaban al mismísimo Constantino Cómneo.

Después de la Revolución Francesa los Permon se mudaron a París para asegurarse, según deseo del cabeza de familia, la concertación de buenos y provechosos matrimonios para sus hijas. Su bella casa en Chaussee d'Autin se convirtió en un lugar de reunión para una variopinta sociedad local compuesta por personajes que habían sobrevivido a los días del Terror y a jóvenes oficiales que abarrotaban París en el tiempo precedente al brillo que alcanzaría Napoleón. La madre, madame Permon, a modo de una aristócrata, se granjeó la amistad de aquéllos; sus hijas, bellas e ingeniosas, atrajeron a éstos. Madame Permon era bella y de un aspecto marcadamente juvenil. Tenía un singular atractivo intelectual que heredaría su hija Laure.

Entre los oficiales que frecuentaban el salón de los Permon destacó el joven Andoche Junot, posteriormente duque de Abrantes, general de húsares, embajador de Francia y mando supremo en Portugal, gobernador de París y gobernador general de Iliria, y uno de los generales más queridos por Napoleón. Laure Permon se casó con él. Fue una excelente concertación matrimonial. Se conocían desde la infancia. Junot era un hombre muy atractivo aunque sus modales hayan sido representados como groseros y su carácter, voraz y cruel. Sin embargo, tenía un gran sentido de la moral y una

considerable fortaleza física. La descripción que hace de él su esposa le hace más honor que otros escritores y biógrafos. Para ella *“era una mente elevada, enemigo de la falsedad y dotado de una gran generosidad que sus enemigos se habían empeñado en presentar como un vicio”*. Con ello se hace alusión a sus extravagantes gustos, y el imprudente gasto de dinero; imprudencia a la que se sumó su esposa.

De las grandes fortunas que había concedido el emperador, la de Junot fue una de las más considerables. Las sumas entregadas excedían cualquier creencia y aún así Junot estaba permanentemente endeudado, dilapidando sus caudales sin tasa alguna. Con motivo de su enlace matrimonial, Napoleón entregó a los Junot un montante de cien mil francos y por el nacimiento de su primer descendiente, otros cien mil y una casa en Champs Elysées. Este vástago, una niña, fue apadrinada por el propio Napoleón y Josephine. Sus padrinos le regalarían un costoso collar de perlas y la suma indicada para amueblar la vivienda. Tal fue el acto de desinteresada generosidad por parte de Napoleón hacia aquella mujer con la que había compartido la niñez. Pero sus excentricidades excedieron la magnificencia de tan poderoso amigo y sus deudas crecieron vertiginosamente. Viajó con su marido a Lisboa donde el gasto de su manutención fue incluso más elevado que el del séquito de una familia real. De regreso a París, su dadivoso estilo de vida fue aún mayor y a través de un carácter heredado de la adscripción de su madre a las costumbres ancestrales, abrió su propio salón a las glorias decadentes así como a los individuos más destacados del Imperio. Pero, por entonces, Napoleón ya recelaba de sus viejos amigos.

Laure Junot acompañó a su marido en las campañas españolas de la Guerra de Independencia y se dice que se las arregló para ofrecer suntuosos bailes y montar salones literarios a lo largo de su periplo. Verdaderamente, una vida llena de aventuras y fasto como sólo podía tener lugar en Francia. Después de la trágica muerte de su marido en 1813 (se tiró por un balcón al merecer el descontento de Bonaparte) Napoleón, recordando su reticencia hacia esta pareja, prohibió el retorno de la duquesa, ya viuda, a París. Pero debió ser una prohibición irrelevante ya que ella la ignoró y, establecida en la

capital gala, abrió su casa una vez más y atrajo a ella a todas las celebridades del momento.

Pronto llegaría el fin; el Imperio sucumbió y con él muchas carreras y fortunas. En vida, Junot había llegado a reunía más de un millón de francos y ahora, su viuda, empobrecida y arruinada, se vio forzada a pedir auxilio en la abadía de Bois. A pesar de haber caído desde tan alto, Laure Junot siempre hizo gala de grandeza y afrontó sus adversidades con la entereza de una mujer de su rango. La adaptación televisiva que hiciera Josée Dayan sobre la vida de Balzac en 1991, refleja, por medio de la actriz alemana Katja Riemann, este espíritu altivo que, aun en su propia decadencia, supo atraer al escritor convirtiéndolo en uno de sus amantes y colaboradores.

Será por entonces, cuando encontró gran consuelo en recopilar datos del pasado y con devoto interés se inclinó a escribir. Fue así como surge la idea de redactar sus diversos escritos sobre el periodo napoleónico y la restauración, su estancia en Portugal, la detallada historia de los salones ilustrados parisinos, biografías de mujeres ilustres, numerosos artículos así como sus propias memorias que, inevitablemente, harán alusión a cuantos acontecimientos históricos vivió en primera persona. Historia y vida van indisolublemente emparejadas en una colección de textos que tuvieron gran popularidad.

Las principales obras de contenido histórico de la duquesa de Abrantes son *“Memorias de la Restauración o recuerdos históricos de esta época, la Revolución de 1830 y los primeros años del reinado de Luís Felipe”*, *“Memorias de Napoleón, su corte y familia”*, *“Memorias del emperador Napoleón, desde Ajaccio a Waterloo, como soldado, emperador y marido”*, *“Portugal a principios del siglo XIX”*, *“Recuerdos de una embajada y de una estancia en España y Portugal”*, *“Hedwige, reina de Polonia”*, *“En la corte de Napoleón”*, *“Historia de los salones de París. Retrato del gran mundo, bajo Luís XVI, el Directorio, el Consulado y el Imperio, la Restauración y el reinado de Luís Felipe”*, *“El general Junot según sus cartas, documentos y su diario íntimo, inédito”* y *“Memorias de la duquesa de Abrantes”*

La primera cuestión que quisiera abordar en la presente comunicación se refiere a las motivaciones que impulsa a las mujeres a escribir sobre hechos históricos. En su obra *“Aristocrates et grands bourgeois”*, Eric Mension-Rigau establece que, *“Los aristócratas y en menor grado los grandes burgueses tienen el inmenso privilegio de poseer importantes archivos, piadosamente conservados: mapas, documentos notariales, testamentos, cartas, textos autobiográficos...en general, en estas familias, siempre hubo alguien que tuvo el gusto y el tiempo –en la época en que la aristocracia era ociosa y la historia era una forma de practicar un placer de estudio- y las competencias necesarias para llevar un inventario de archivos, etiquetarlos, y reunir en un libro más o menos erudito, los elementos históricos importantes que definen la familia: orígenes, raíces geográficas, armas y blasones, alianzas familiares, formación e influencia en el entorno. Tales obras, junto a las genealogías, constituyen el material indispensable con el que cada miembro de la familia encuentra las coordenadas que le ayudan a situarse en el entramado de alianzas y parentescos y a orientarse en las redes de sociabilidad. El furor de transmitir, de garantizar la continuidad incita a escribir: reconstruir y publicar los textos redactados por los ancestros, contar bajo la forma de biografía la vida de un padre ejemplar, plasmar por escrito la memoria oral de la familia, redactar recuerdos propios...Muchas razones explican el favor excepcional que juega este género en estas familias. La primera reside en el hecho que las memorias, que llevan a escena no al grupo sino al individuo, responden al deseo de dar a conocer el linaje. Mientras que la autobiografía es un relato íntimo y justificativo, las memorias hacen intervenir el poder social y familiar a expensas del “yo” personal y de la afirmación individual. Descriptivos, evocadores sobre todo de actos públicos, las memorias hablan más de los otros que de uno mismo. Ellas son, para el que escribe, la ocasión de hacer un retrato de grupo y de halagar su narcisismo”¹.*

Laure Permon en la introducción a las memorias de Napoleón afirma *“hoy en día todo el mundo publica memorias; muchas personas guardan*

¹ MENSION-RIGAU, Eric *Aristocrates et grands bourgeois* Paris, éditions Plon, 1994

recuerdos que creen que merece la pena ser transmitidos. Siguiendo el ejemplo de otros muchos, yo debería haber sacado partido de mis experiencias del pasado; debería haber revelado determinados hechos, curiosos y desconocidos, relacionados con un periodo histórico que ha fascinado al mundo; pero la verdad es que, hasta época muy reciente, no me sentí contagiada de esa moda, generalizada, de escribir memorias. Y siento que estoy perdiendo el tiempo, cada vez que tengo noticias de la publicación de nuevos ejemplares de este género²” Poco más adelante añade “No se si han quedado claros los motivos que me han movido a publicar este trabajo: son, en cualquier caso, puros y honestos. Considero la publicación de estas memorias como un deber hacia mi familia y sobre todo al recuerdo de mi marido. Es frecuente que en épocas turbulentas se quiera tender un velo sobre la vida de ciertos personajes ilustres: el brazo de Junot, que durante veinte largos años defendió su país, está ahora bajo tierra y no puede rasgar ese velo que, obra de los celos y la envidia, ha ocultado su fama. Me corresponde, como esposa y madre de sus hijos, el sagrado deber de arrancar ese velo y aportar la luz y la verdad que le permita ser justamente juzgado³”

Una segunda cuestión se relaciona con el modo en que ambos sexos abordan una situación específica. La pregunta que se plantea es la siguiente: ¿ante un hecho histórico concreto, cómo es percibido y narrado por hombres y mujeres? ¿Inciden ambos en los mismos aspectos? Es razonable pensar que, efectivamente, hay elementos diferenciales. La escritura de la historia, desde el punto de vista masculino, ha tenido preferentemente un carácter secuencial basado en la exposición de datos, cifras y eventos. Las mujeres, aportan además otros elementos más relacionados con el plano de la esfera privada en la que, a lo largo del tiempo se han movido con cierto margen de libertad y de la que tienen un conocimiento indiscutible. La autora afirma que “*así como los “Comentarios” de César, las memorias «militares» de Marshal Villar, los «pensamientos» de Marshal Saxe, etc...relatan exclusivamente hechos militares (sitios, batallas, decesos), creo que las memorias contemporáneas*

² PERMON, Laure duchesse d’Abrantes *Mémoires of Napoleon, his court and family* New York, Appleton and Company, 1854

³ Opus. Cit

deberían rendir tributo, también, a esos acontecimientos más inmediatos y cercanos al que escribe, para dejar constancia de ello a las generaciones venideras. Cada hecho debe tener su lugar y forma y ambos producir en la mente del lector una viva impresión de aquel asunto y las circunstancias que lo originaron; no sólo hay que mostrar el contenido, sino el continente. Para ser más audaz en este objetivo es una obligación del escritor actuar como un Tácito pintando los vicios, corrupción, despotismo y decadencia de los gobiernos, es decir, el autor debe dibujar las líneas principales de lo que ha vivido. Y en ese dibujo tienen cabida los hechos cotidianos; hablar de ellos, también es describirlos. Aportar detalles de lo que se presencié, por minúsculo o insignificante que parezca, ayuda a dar colorido y realidad a esa pintura de los hechos narrados. Esto es, por ejemplo, lo más meritorio que encuentro en las memorias de madame de Motteville. No oculto que están bastante mal escritas y llenas de faltas de estilo pero ¡cuánta verdad en sus descripciones! Los individuos que aparecen en su obra se nos vuelven familiares; es tal su minuciosidad de detalles que no resulta difícil imaginarse estar en el parlamento en 1649 junto a la reina y a otros destacados miembros de la Fronda o también soñar con pasear por la orangerie de Versalles. El escritor de memorias históricas debe dar vida a las escenas que describe puesto que, lo que en otros tipos de textos sería irrelevante y excesivo, en éstas es indispensable. Y esto es lo que yo he intentado hacer en mis escritos⁴”

El ámbito en que una mujer era educada influye, inevitablemente, en la forma de exponer y desarrollar un hecho “desde que tuve uso de razón, me exigieron guardar silencio y comportarme con buenos modales, pues durante la época en que se desarrolló mi infancia, el gesto más insignificante podía ser objeto de una seria reprimenda. Incluso los juegos y deportes que practicábamos eran rigurosamente examinados. Nunca olvidaré el día en que, en el transcurso de una visita domiciliaria a nuestra casa en Toulouse, mi padre estuvo a punto de ser denunciado cuando al divertirnos con un juego muy popular le dije a un niño de cinco años, «tú harás el papel del Delfín de Francia». El peligro constante imponía a cada persona la obligación no sólo de

⁴ PERMON, Laure *Mémoires of the emperor Napoleon, from Ajaccio to Waterloo, as soldier, emperor, husband* vol. 1 Washington & Londres, M. Walter Dunne publisher 1901

mostrar una conducta irreprochable sino de exigirla a los demás. Nada, por muy absurdo que pareciese, escapaba al control de los padres y sus allegados. Fue en este ambiente donde transcurrieron los primeros años de mi juventud, luego reforzada por la educación y el empeño de una madre que debía asumir el papel de un padre frecuentemente ausente. Los sucesos que ocurrieron en Francia durante aquellos años no pasaron inadvertidos para mí. Observé y escuché con avidez. La educación que me habían inculcado contribuyó, sin duda, a reforzar mi mente. Por suerte mi aprendizaje no fue superficial sino que se me enseñó cuanto estaba al alcance de cualquier joven varón de mi edad. Mi padre, que me adoraba, se encargó de mi formación bajo su estricta vigilancia⁵”.

Un asunto de crucial importancia se refiere a la valía de los textos como fuente para el estudio y transmisión de la historia. No sólo debe tenerse en cuenta el carácter testimonial de los autores sino la intención de veracidad que, sobre un acontecimiento vivido en primera persona, quiera otorgársele. En las memorias de Napoleón, corte y familia, la duquesa de Abrantes anota *“llegué al mundo en una época fértil en hechos históricos memorables. Viví y conocí, en un ámbito de intimidad, a los principales actores del gran drama político que ha sido objeto de atención en toda Europa por más de treinta y cinco años. Me resultaría muy difícil abstenerme de hablar de ciertos individuos cuando saque a colación los acontecimientos sobre los que escribiré. Por muy incómodo que pueda resultar a algunos hablar de tal o cual persona, creo que es inevitable. He sido testigo directo y hasta he estado implicada en muchas de las violentas escenas que ocurrieron durante una época de horror y expectación; y aunque, por entonces, yo era aún muy joven, cada incidente ha permanecido imborrable en mi cabeza. La importancia de los acontecimientos que influyeron en el devenir de una gran nación no ha hecho cambiar mi forma de pensar. Y creo que todas las mujeres que, como yo, presenciaron los mismo hechos, tiene una opinión similar a la mía. Por desgracia mis principales recuerdos no se remontan a la feliz infancia ni a aquellos periodos de mi vida en los que la alegría y el desenfado curaban cualquier aflicción...en relación al*

⁵ Opus. Cit. Nota 2

periodo histórico sobre el que voy a escribir los intereses privados de mi familia acabaron coincidiendo con los públicos. Entre mi madre y la familia Bonaparte subsistía una estrecha amistad. Quien, con el paso del tiempo se convertiría en amo de Europa, vivió sus primeros años de intimidad junto a nosotros. Solía visitar la casa de mi padre desde su infancia hasta la pubertad. Puedo afirmar que conocí a Napoleón en su intimidad y tras casarme con un hombre que gozaba de su más profunda confianza, todo aquello que no podía percibir por mis propios sentidos acababa conociéndolo de boca de mi marido. Puedo afirmar, sin ningún tipo de temor, que de todos aquellos que han escrito sobre Napoleón, casi ninguno se puede comparar conmigo a la hora de hablar con rigor de sus asuntos más íntimos. Mi madre, amiga íntima de la madre de Napoleón, también lo conoció desde la niñez. Lo meció en su cuna y cuando abandonó Brienne y vino a París, lo guió y protegió en su primera juventud. No solo Napoleón, sino también el resto de sus hermanos, eran parte de nuestra familia⁶” La propia duquesa se atreve a afirmar que el mismo Napoleón, a quien conocía desde la infancia llegó a pedirle matrimonio, pero que siendo mayor que él declinó la oferta con una sonrisa. Sin embargo, no hay testigos de tan singular petición y se cree que este dato es falso o, cuando menos, exagerado.

Juan Antonio Calvo Maturana en un artículo que aborda el diario de Lady Holland, dedica un espacio al valor de este documento como fuente histórica *“Trabajando sobre las fuentes para el estudio de la crisis del Antiguo Régimen en España llama la atención, por el escaso interés que le han prestado los historiadores españoles, el caso peculiar del diario de lady Holland. El hecho de que no se haya traducido al castellano y de que prácticamente no existan copias del libro en España se nos antoja más como el síntoma que como la causa de este olvido al que me refiero...de esta manera una fuente de considerable valor queda injustamente reducida a un anecdotario cuya muestra definitoria es ese parecido recurrente que acompaña (como argumento accesorio) a todas las obras tendenciosas que concibieron (y aun conciben) la historia política de la España de Carlos IV en torno a la alcoba de la reina Maria Luisa. Hablamos de un testimonio histórico que ha sido ninguneado en una*

⁶ Opus. Cit. Nota 2

doble vertiente, ya que apenas ha sido objeto de interés científico a modo de artículo o monografía; muchos historiadores dan a entender tácitamente y sin circunspección alguna que la han citado de oídas sin haberse aproximado a las más de cuatrocientas páginas en lengua inglesa que contiene esta obra. Saber si lady Holland miente, o si sus informadores le mintieron, no es de vital importancia, lo verdaderamente interesante es que numerosas alusiones o anécdotas pueden encontrarse en autores como Andrés Muriel. Las memorias de lady Holland son también un buen pretexto para enmarcar la obra dentro de la interesante literatura de libros de viajes de extranjeros por España y concretamente en el de las damas viajeras, entre las que lady Holland aparece como un paradigma para la mismísima Virginia Wolf⁷”

Por otro lado en su obra “Mémoires aristocratiques féminins, 1789-1848” el investigador Henri Rossi constata las diferencias entre las memorias escritas por mujeres y hombres remarcando que entre estos últimos siempre hubo una persistente insistencia en escribir con una “*escrupulosa voluntad de veracidad histórica*” que supuestamente no existía en los textos memorialistas femeninos. Rotraud von Kulesa responde a esta sentencia que la importancia de este género para la escritura de la historia no se basa en la autenticidad absoluta de lo que se escribe (pues ningún texto autobiográfico debe ser tenido por cierto al cien por cien) sino en la voluntad de ofrecer una imagen fiel de la mentalidad y del espíritu que impera en la época en que un relato se escribe⁸.

Por su parte Laure Permon en la introducción a las memorias sobre la Restauración especifica “*Cuando me decidí a escribir mis memorias sobre la Restauración me vi ante una tarea no sólo difícil sino ardua; azotada por las continuas tempestades que la zarandearon desde 1790, Francia, aún enferma de la violencia que aquella tormenta había ejercido sobre ella, sufría por igual la censura y el elogio. Pero por muy temible que pueda ser esa lucha, no dejaré de hablar de ella. Contaré todo cuanto vi, lo que mi vida me ha permitido conocer y lo que aprendí y oí por testimonios directos. La certeza de decir solo*

⁷ CALVO MATORANA, Juan Antonio *Elisabeth Holland: portavoz de los silenciados y cómplice de un tópico* Madrid, Cuadernos de Historia Moderna nº 29 pp. 65-90, 2004

⁸ Opus cit nota 1. Henri Rossi dice además “las memorias se toman en la búsqueda de una permanencia el objeto probado de la escritura en primera persona es la reconstrucción del mundo tal y como lo percibe el sujeto que escribe. La elección de presentar al lector tal o cual aspecto de la sociedad nos remite a lo que el propio autor desea contar”

lo que hay y de hablar según me dicta la conciencia, debería reafirmar mis palabras. Hay hombres sobre los que hay que escribir porque basaron su vida en la verdad y a éstos es honroso ofrecerles la reflexión de toda una vida pues se les podría pedir cuenta severa de sus actos. Hombres los hubo de todo tipo y orientación política. Hay otros que retrocedieron ante los crímenes que ellos mismos habían cometido. Esos individuos son doblemente enemigos de mi libro porque han hecho daño al resto y porque el talento es el único medio de gobierno de nuestro barco a la deriva. Hablaré con igual franqueza de mis afecciones y mis antipatías políticas pues ni unas ni otras influirán en mis juicios de valor. La certeza de remitirme a los hechos y hablar según me dicta la conciencia debería apoyarme en mis asertos y, repito, no ignoro la dificultad de mi cometido...en cuanto a mis inclinaciones, nada hay que pueda reprochárseme ni en cuanto a lo que siento ni en cuanto a lo que manifiesto. Nuestra alma guarda sentimientos que, por su elevada condición, jamás serán dañados por opiniones contrarias y a nadie se le puede acusar de tener la firmeza de proclamarlos y defenderlos. Y si la manifestación de una idea procede de una convicción íntima sobre la misma es un deber exponerla pues al mismo tiempo se está haciendo justicia⁹”

La temática histórica abordada en los textos femeninos es amplia aunque existen ciertas preferencias tal y como afirma Eric Mension-Rigau “*hay dos ocasiones propicias para la escritura de memorias que a veces adoptan la forma de diarios íntimos: por un lado los viajes, cuyos relatos, en una época en que aquellos eran aún poco frecuentes, constituían a la vez un género literario y una obligación mundana; por otro, las guerras. Redactados tanto por hombres como por mujeres, relatos de viajes y testimonios bélicos son frecuentemente los únicos textos personales que han escapado de la destrucción, tal vez porque su interés parece más evidente a quienes los poseen y también, porque evocan en mucho menor grado la intimidad familiar*¹⁰”

⁹ Opus cit. Nota 2

¹⁰ Opus cit. Nota 1

Un último aspecto a tratar será la trascendencia de una obra escrita. Si la publicación de un texto estaba supeditada, en condiciones normales, a los requerimientos de la casa editorial que se hacía cargo de ponerla en circulación y, en muchas ocasiones, a superar los filtros de la censura o del gusto de la época, los textos de origen femenino contaban además con el obstáculo inicial del sexo de su autor. Pocas mujeres lograban publicar su obra y muchas menos en vida. El caso de Laure Permon parece una de esas excepciones. He podido contabilizar hasta diecisiete ediciones de siete obras diferente entre 1830-1838, año de su deceso. Dos años después habrá más ediciones. Un nuevo interés por difundir su obra debió surgir en las postrimerías del siglo pues entre 1893 y 1912 se vuelven a lanzar trece ediciones de diversas obras. S.M. Hamilton en la *special introduction* que hace a la edición inglesa de las memorias de Napoleón escribe *“por primera vez una artista y una elegante persona, una mujer de letras y una excelsa salonnière, generosa de cualquier causa con su dinero e ingenio, tan animada en la pobreza como en la abundancia, tan admirada por la sociedad parisina tanto en su espléndida mansión de Champs Elysées como en la humildad de un apartamento, espíritu noble, muy por encima de vulgares ambiciones, la duquesa de Abrantes, ocupa un lugar aparte entre las mujeres más afamadas y reconocidas del Consulado y el Imperio. En su vida, entre sus conocidos y allegados y en la amistad que inspiró, Laure Permon fue una mujer extraordinaria. Todas las obras que nos ha legado están llenas de innumerables páginas que serán objeto de una lectura y de la que jamás nos cansaremos¹¹”*

Los años finales de la vida de Laure Permon fueron desgraciados. *“Durante muchos años había tenido que conseguir dinero para pagar las deudas de uno de sus hijos, la educación de otro, las fantasía de una hija y los caprichos de otra. Desde Versalles se había trasladado a la abadía de Bois, donde una economía engañosa y cara la hizo recurrir a una retirada en la cual aún sonaban demasiado las músicas de las fiestas y saraos, seguidas casi siempre de días sin pan. La belleza de aquella joven desposada en 1800 se convirtió en gordura. De tanto escribir, su cerebro se había agotado. No*

¹¹ Opus cit. Nota 4

obstante, para obtener alguna tregua de sus acreedores, que la hostigaban, hubo de intentar de nuevo la tarea de divertir a sus contemporáneos con nuevas publicaciones. A días de infatigable entrega a la escritura se sucedían otros en los que consumía opio para poder conciliar el sueño. Luchaba desesperadamente hasta encontrar un recuerdo o una idea. Registraba cajones olvidados para exhumar páginas desdeñadas o suprimidas en escritos anteriores. Y aún, a veces, espigaba en sus obras de antaño, desfigurando tal o cual párrafo, plagiándose a sí misma. Cuando entregó a la imprenta su última obra "Portugal a principios del siglo XIX" su salud se alteró irremediablemente. A principios de la primavera de 1838 tuvo una crisis violenta achacada a su abuso del opio. Mejoró un poco y abrió de nuevo sus salones durante un par de semanas. Un ataque de ictericia la obligó a guardar cama. Sucesivamente fue trasladada a dos sanatorios falleciendo en el de la calle Chaillot, número 70, el 7 de junio de 1838...No quedaba ni una sola moneda en su bolsillo. Y hubo de intervenir una mano caritativa para que las pompas fúnebres entregasen el ataúd a su última morada.

Chateaubriand, Víctor Hugo, Ballanche, Dumas, el general Thiébault, el coronel Bary de Saint-Vicent y las señoras Lesguillon y Waldor siguieron la humilde carroza hasta el cementerio de Montmartre. Se colocó sobre la tumba una sencilla cruz de madera. Tres años después se solicitó al ayuntamiento de la villa de París una concesión en la necrópolis de Père-La-Chaise. Fue denegada por los concejales a la viuda del que había sido gobernador de la capital. Víctor Hugo, no pudiendo contener la rabia, le dedicó el siguiente epitafio:

*Eleveamos nosotros un campo expiatorio,
Rindámoste nosotros nuestro pesar arrodillados,
Seamos nosotros quienes a tu memoria,
Sepultemos un verso tierno y triste.*

*Somos nosotros esta vez los que defenderemos
A la muerte del olvido, su compañero pálido,
Y quienes deshojaremos rosas sobre tus cenizas,*

Y derramaremos sobre tu nombre lágrimas¹²”

¹² SAVINE, Albert Madrid, Colección Austral España-Calpe, S.A. 1968. Texto traducido por Alberto Insúa. Introducción a cargo de Albert Savine